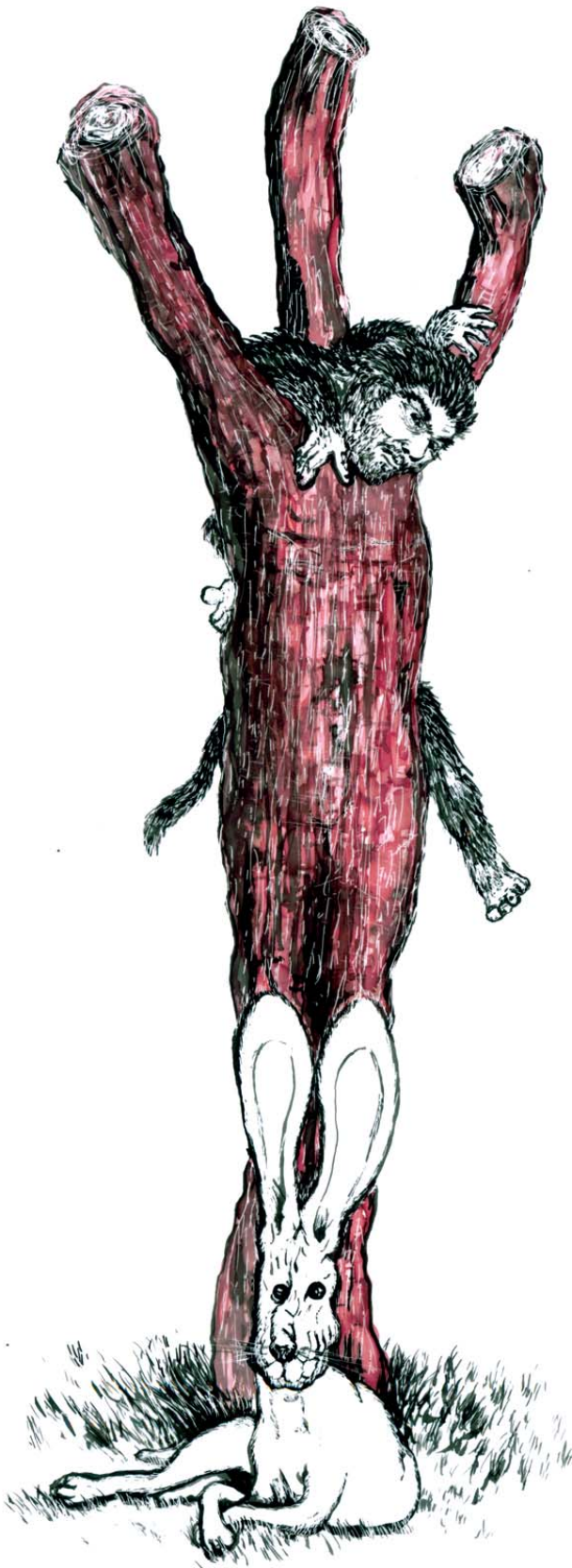


NO HAY TAL LUGAR

Diario del **DOLOR**

de María Luisa Puga



CRISTINA RIVERA GARZA Hace un par de años, cuando todavía daba clases en SDSU, organicé el seminario “Social Suffering and Redemption in Historical Perspectives”, una clase para estudiantes de posgrado en la cual explorábamos algunas de las maneras en que distintas sociedades han producido y experimentado la materialidad y el simbolismo del dolor. Empezábamos leyendo ese magnífico libro de Ellen Scarry, *The Body in Pain* —una lectura cuidadosa de documentos producidos alrededor de la tortura política—; seguíamos con *The Culture of Pain* de David Hume —con interesantísimas interpretaciones de la cultura popular del dolor—; y, al final de la primera sesión, hablábamos sobre el volumen editado por Arthur Kleinman, *Social Suffering* —uno de los libros que, sin duda, ha propiciado el inicio oficial de los así llamados estudios sobre el sufrimiento humano. Así, con la ayuda de estos tres libros, llegábamos a plantear enigmas a los que luego, con cada nueva lectura, acabaríamos regresando sin remedio alguno a lo largo del semestre.

Si el dolor ocurría más allá del lenguaje, como argumentaba Scarry, ¿qué silenciaba entonces? Si las experiencias dolorosas cambiaban de sociedad en sociedad y de época histórica a época histórica, ¿qué había, si había algo, de esencial en él? ¿De qué manera producía el dolor al cuerpo y no viceversa? Si es necesario hablar sobre eso que no se podía hablar, ¿cómo discurrir acerca del dolor sin volverlo una mercancía o una fórmula de intercambio? Todas y cada una de estas preguntas, y muchas más que había olvidado, están presentes, de esa manera punzante, de esa ardiente manera, en el *Diario del dolor* que publicara en 2004 la escritora mexicana María Luisa Puga —el libro en el que no sólo queda plasmada su relación cotidiana con la artritis reumatoide crónica sino también con la escritura. Una afección. Dos.

Repartido en cien entradas breves, entrecortadas, frágiles como un hueso, el libro no avanza ni retrocede sino que se encuentra suspendido en ese vacío que la autora compara con el “haberse quedado en la anestesia”. Sin sentimentalismos, evadiendo en lo posible una nostálgica edad de oro en la que el dolor todavía no tenía nombre y saltándose también la teleológica visitación del origen, lo que María Luisa Puga consigue en este texto es de una exquisita crueldad: no sólo hace hablar al dolor sino que, escritora al fin y al cabo, ella habla con él. Lo obliga a ponerle atención y, al final, debido a su propia escritura, lo incita a enamorarse de sí mismo con el mismo “regocijo narcisista” que arremete

a los entrados en años. Su *Diario del dolor* es esa conversación silenciosa, ese diálogo a gritos mudos, este tú-a-tú que la doliente establece, de manera activa y sin misericordia alguna con su otro Otro, su símil, su sombra interna. Su Dolor. Porque lo cierto es que, desde que apareció, desde que se dio a conocer, es decir, desde el mismísimo inicio de este diario, tal como queda anotado ahí, la autora no volvió a estar sola.

Más que un padecimiento, un romance. O, mejor aún: un padecimiento y un romance. El romance que es todo padecimiento. En estas páginas, el dolor irá sustituyendo a la novela —porque la novela se lleva, tiene razón la Puga, como una aureola dentro y fuera de la cabeza— y a los amigos y al cuerpo mismo y, eventualmente, a lo real.

Contra lo que Dolor nunca puede es, claro está, contra la escritura. Convertida en ese tercero apocalíptico que ve y registra, la escritura estabiliza el ángulo desde el cual la Puga se dirige a Dolor. “Me mira insistente”, dice la autora de la escritura, “diciéndome: yo te reconozco perfectamente, tú a mí todavía no, pero lo harás, me canso si no. Yo acepto sin mayor resistencia, pero no hago nada. Me dejo estar”. Dolor, como bien lo anota luego la autora, se muestra “escéptico frente al cuaderno”. Y, al menos por esos momentos manuscritos, los dos se dan la espalda. Se diría, incluso, que la escritura les permite descansar.

En descripciones hechas en la suspensión-de-juicio al que la empuja Dolor, María Luisa Puga

relata cómo tiende la cama o cómo avanza por su casa en una silla que tiene ruedas pero que no es una silla de ruedas. Todo esto sin el menor asomo de autocompasión. Todo esto con un austero sentido del pudor. Con el tentativo caminar de quien se adentra en un mundo privado. ¿Y qué decir de la manera en que le duelen las sillas? ¿Cómo aproximarse siquiera al escozor que produce la arruga de la sábana? ¿De qué manera imaginarse al bastón que recoge la tapa diabólica del shampoo? ¿Cómo no quedarse con el libro entre las manos, la mirada suspendida en algún otro vacío que cuelga de otra cuerda floja, cuando la Puga describe al HOMBRE (las mayúsculas son suyas) que la acompaña y le facilita la vida con las siguientes palabras: “Me siento muy bien en la camioneta, sólo que a veces lo miro de reojo y sé que le sucedió algo: una embolia que le paralizó todo el lado derecho, o sea yo?”

Aceptar o someterse a los dictados de Dolor es aceptar, como decía Judith Butler del luto, que todo cambiará. Este es el diario de esa clase de aceptación. Aquí la autora se dirige a Dolor —ya con rabia o con resignación, ya con ganas de no verlo nunca o extrañándolo cuando aparenta irse, ya en el coloquialismo de la chanza o las instrucciones de uso destemplado— como el Otro para quien la puerta está, finalmente, abierta.

Ésta es tu casa. Ésta es la casa de ellos. Ésta es, por gracia de la palabra, nuestra casa también. La casa de la transformación más ardua. La casa donde el cuerpo cae. ☞